

## Carlos Taibo

# Los conflictos bélicos en el umbral del siglo XXI

*Carlos Taibo (ctaibo@bakeaz.org) es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: **La Unión Soviética de Gorbachov** (Madrid, Fundamentos, 1989); **La Unión Soviética (1917-1991)** (Madrid, Síntesis, 1999, 2ª ed.); **Crisis y cambio en la Europa del Este** (Madrid, Alianza, 1995); **Las transiciones políticas en la Europa central y oriental** (Madrid, Los Libros de la Catarata, 1998); **La explosión soviética** (Madrid, Espasa, 2000); **La desintegración de Yugoslavia** (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2000); **Cien preguntas sobre el nuevo desorden** (Madrid, Punto de Lectura, 2002); **Guerra entre barbaries. Hegemonía norteamericana, terrorismo de Estado y resistencias** (Madrid, Punto de Lectura, 2002), **Estados Unidos contra Iraq** (Madrid, La Esfera, 2003), y **¿Hacia dónde nos lleva Estados Unidos?** (Madrid, Ediciones B, 2004). Escribe sobre política internacional en *El País*, en los periódicos del grupo Vocento —antiguo Grupo Correo—, en *La Vanguardia* y en *El Periódico de Cataluña*, y es comentarista habitual en la cadena SER.*

*En este texto el autor se propone acometer tres tareas. En la primera, intenta desgranar los datos principales que dan cuenta de cuál es la naturaleza militar, y cuáles los conflictos derivados, de la política que abraza la principal potencia del planeta, Estados Unidos, a principios del siglo XXI. En la segunda, más sucinta, trata de examinar el perfil propio de conflictos bélicos tan singulares como los que se revelan, de un tiempo a esta parte, en el planeta contemporáneo. En la tercera y última examina, en suma, algunos de los vicios manipulatorios que acostumbran a rodear a los conflictos y que es estrictamente preciso que una educación para la paz proceda a desenmascarar.*

### ÍNDICE

1. Superpotencia estadounidense, agresividad militar, conflictos	1
2. La naturaleza de los conflictos bélicos	4
3. Medios, guerra, manipulación	5
Bibliografía	6

## 1 Superpotencia estadounidense, agresividad militar, conflictos

Muchas veces se ha recordado que a principios de la década de los setenta, cuando era presidente de Estados Unidos, Richard Nixon afirmó que “la única etapa de la historia mundial en la que hemos tenido períodos prolongados de paz es aquella en la que ha habido un equilibrio de poderes. Cuando un país se hace infinitamente más fuerte que sus competidores potenciales es cuando surge el peligro de una guerra” (citado en Kissinger, 1994: 705). Muchos son los datos que sugieren que el último escenario invocado por

Nixon es el de hoy, de la mano de una potencia militarmente muy poderosa cuyos movimientos estarían poniendo en peligro, en muy diversos lugares, equilibrios muy precarios.

Aunque no falta quien sostiene que el aparato militar estadounidense de principios del siglo XXI, sobredimensionado en lo que atañe a la defensa del país, se encuentra infradesarrollado, en cambio, en lo que se refiere a la tarea de controlar un imperio (Todd, 2002: 97), semejante afirmación reclama una contextualización cronológica: el crecimiento del gasto en defensa postulado por George W. Bush parece responder al propósito de engrosar la maquinaria armada para adaptarla a las necesidades de una renovada pulsión imperial y cancelar para siempre, de paso, los efectos del *síndrome de Vietnam*. La Estrategia de Seguridad Nacional aprobada en septiembre de 2002 es muy clara al respecto, en la medida en que apuesta por un fortalecimiento militar que disuada ante la eventual tentación de desafiar a Estados Unidos o acometer una competición armada con éste. De resultas, George W. Bush ha dado la espalda a lo que Nye llama “poder blando”, aquel que suscita en los demás el impulso a seguir a Estados Unidos, a admirar sus valores, a imitar su ejemplo y a pelear para alcanzar sus niveles de prosperidad y libertad (Nye, 2002: 14; Hassner y Vaïsse, 2003: 76). Ese poder blando “depende de la capacidad de organizar la agenda política de forma que configure las preferencias de otros” merced a “una cultura, una ideología y unas instituciones atractivas” (Nye, 2002: 30). El despliegue de las fórmulas correspondientes en modo alguno

se ajusta, con todo, a un esfuerzo de tolerancia y diálogo: se trata, antes bien, de un envite encaminado a ratificar, con el concurso de procedimientos menos abrasivos, el liderazgo propio. Bush hijo se ha inclinado, de cualquier modo, por un *hard power*, un poder duro, impregnado de espasmos militares y económicos que pueden emplearse, eso sí, tanto en la forma de incentivos como en la de amenazas (ibídem: 30).

El indicador más rotundo del fortalecimiento militar que acabamos de glosar es, cómo no, el crecimiento, espectacular, operado en el gasto en defensa. El incremento registrado en éste en 2002 fue nada menos que de 48.000 millones de dólares, una cifra superior al montante anual del gasto militar total de cualquier país del planeta y doce veces mayor que la del crecimiento en la ayuda exterior prometido por Bush hijo (Hertsgaard, 2002: 228). En 2003 el gasto en defensa norteamericano ascendía a 379.000 millones de dólares y las previsiones para 2004 lo emplazaban en 399.100 millones, un 30% por encima de los niveles de finales de los noventa (Mahajan, 2003: 59). Algunos analistas intuían que no pasaría mucho tiempo antes de que Estados Unidos alcanzase la cifra de 500.000 millones de dólares anuales en gasto militar (Duncan y Goddard, 2003: 240). Para colocar todos estos datos en contexto, no debe olvidarse que en 2002 el gasto agregado en defensa de los Estados miembros de la Unión Europea ascendió a 180.000 millones de dólares (ibídem: 241). En 2000 la suma de los gastos militares de China, Francia, el Reino Unido y Rusia era 2,3 veces inferior, por otro lado, al gasto en defensa de Estados Unidos (Bugnon-Mordant, 2003: 253). Este último dedicaba dos veces más recursos a estos menesteres que el conjunto formado por China, Corea del Norte, Cuba, Irán, Irak, Libia, Rusia y Siria; si agregamos el dispendio de los aliados de Estados Unidos, la cifra resultante multiplicaba por cuatro el gasto militar de esos ocho países (Johnson, 2002: 89). En 2002 Washington fue responsable, en otro orden de cosas, de las tres cuartas partes del crecimiento operado en el gasto en defensa planetario: ese crecimiento resultó ser de un 6% y llevó el monto total a la espectacular cifra de 794.000 millones de dólares —un nivel cada vez más cercano al propio de la *guerra fría*—, de los cuales un 47% correspondía a Estados Unidos (*El País*, 18/06/03). Téngase presente, en suma, que un bombardero invisible B-2 tenía un precio superior al PNB albanés y que el coste de un portaaviones sobrepasaba el de Libia (Richardot, 2003: 42). Parecía evidente, por lo demás, que el crecimiento operado en el gasto militar norteamericano no se justificaba sobre la base de la amenaza terrorista: para explicarlo era preciso apelar al designio de alejar, definitivamente, a cualquier imaginable competidor.

El crecimiento registrado en el gasto militar estadounidense permitió acrecentar las prestaciones, que no eran menores, en materia de proyección de fuerza (Kemp y Harkavy, 1997: 229-264; Hartung, 2003: 60-73). Al respecto se consolidaron el poderío naval, las capacidades de los bombarderos estratégicos y la red de bases heredada de la *guerra fría*. Si antes de las agresiones en Afganistán e Irak había 120.000 soldados norteamericanos en Europa, 92.000 en el Asia oriental y el Pacífico, 30.000 en el Oriente Próximo y 15.000 en el continente americano (Estados Unidos, claro, aparte) (Prestowitz, 2003: 26), los hechos posteriores a los atentados de Nueva York y de Washington parecieron remitir a un cambio de énfasis en cuanto a las zonas militarmente prioritarias, acompañado de un esfuerzo orientado a trasladar hacia el este europeo, y hacia el Oriente Próximo, muchas unidades otrora desplegadas en la Europa occidental. En comparación con los más de 60.000 efectivos emplazados en Alemania y los más de 40.000 situados en Japón, el traslado a Irak, en 2003, de un contingente militar de unos 135.000 soldados nos instalaba en un escenario que en mucho recordaba al de la segunda posguerra mundial. Aunque la política que nos ocupa a buen seguro se cimentaba en proyectos vinculados con *zonas calientes*, no cabe descartar el efecto que en su origen pudieron ejercer las disensiones con algunos de los aliados europeos.

Al margen de todo lo anterior, Estados Unidos dedicaba recursos ingentes a acrecentar el control del espacio exterior a través de una multiplicación en el número de lanzadores, satélites, radares y dispositivos objeto de investigación. El mejor botón de muestra de esta apuesta no era otro que el escudo antimisiles: aunque los atentados del 11 de septiembre de 2001 pusieron de manifiesto la nula utilidad de éste a la hora de hacer frente a los problemas que entonces se revelaron, lo cierto es que Washington siguió sosteniendo que determinados países podrían dotarse de misiles balísticos y agredir a Estados Unidos con armas de destrucción masiva. Más razonable parecía colegir que el macrodispositivo en cuestión aspiraba a incrementar aún más la distancia militar con respecto a eventuales competidores como China o Rusia. No sólo eso: a menudo se ha señalado que el escudo podía convertirse en elemento fundamental, y paradójico, en la estrategia de ataques preventivos que Washington postulaba, en la medida en que anularía buena parte de la capacidad disuasoria de los arsenales de un potencial rival (Pascallon, 2003: 56). Por detrás de los programas correspondientes era fácil apreciar, en fin, los intereses del complejo industrial-militar norteamericano, necesitado de cometidos que permitieran mantener en pie sus infraestructuras (Caldicott, 2002).

**El crecimiento operado en el gasto militar norteamericano no se justificaba sobre la base de la amenaza terrorista: para explicarlo era preciso apelar al designio de alejar, definitivamente, a cualquier imaginable competidor**

Acaba de cruzarse en nuestro camino un concepto, el de *ataques preventivos*, que suscitó mucha polémica desde su inclusión en la Estrategia de Seguridad Nacional antes mencionada. Vaya por delante que la distinción entre dos términos, *pre-emptive attack* y *preventive attack*, hizo correr mucha tinta. Fue el primero, y no el segundo, el que Estados Unidos hizo suyo en su percepción estratégica. Conforme al discurso oficial, los ataques *preemptivos* —discúlpensen el barbarismo— tienen un carácter estrictamente defensivo y se ajustan a las acciones de disuasión y contención previstas en los artículos 41 y 42 de la Carta de las Naciones Unidas, y en el propio artículo 50, que menciona expresamente la posibilidad de que el Consejo de Seguridad autorice esa suerte de acciones (Raffone, 2003: 63). Los ataques que ahora nos interesan responderían ante todo, aunque no exclusivamente, al propósito de articular una *defensa anticipada* frente a países que son presuntos poseedores de armas de destrucción masiva y que podrían emplearlas o ponerlas a disposición de grupos terroristas.

No ha dado sus frutos el intento de edulcorar los perfiles propios de un ataque preventivo de la mano de su difuminación a través del concepto de ataque *preemptivo*. Y es que, y por lo pronto, según una de las teorizaciones que se propone distinguir entre *preventive war* y *pre-emptive war*, más bien parece que el principio abrazado por Estados Unidos se ajusta a la primera. Esa teorización entiende que la guerra preventiva remite a una situación en la cual un país, que por lo común encabeza la carrera de armamentos en una región o dispone de una cómoda situación militar, lleva adelante una agresión por efecto del temor a que su condición se vea erosionada. Entre tanto, el concepto de *pre-emptive war* se refiere a un escenario de crisis en escalada en el cual los dos antagonistas estiman que la guerra es inevitable y consideran que les resulta ventajoso asestar un primer golpe (Kemp y Harkavy, 1997: 283). Nadie en su sano juicio está llamado a sostener que el horizonte que habitualmente encara Estados Uni-

dos es este segundo y no el primero; otro tanto cabe decir, por cierto, de la posición de Israel, que en 1981 acometió —y el ejemplo no puede ser más ilustrativo— un ataque manifiestamente *preventivo*, de acuerdo con la definición invocada, sobre la central nuclear iraquí de Osirak. Quienes se acogen a esta conclusión están obligados a afirmar que los ataques *preemptivos* esconden, sin más, acciones de cariz visiblemente unilateral que no sólo se supeditan a intereses inconfesables: en buena ley, y no sin paradoja, deberían generar en el agredido un derecho a asestar, con arreglo a la Carta de las Naciones Unidas, sus propios ataques de *defensa anticipada*.

Más allá de la farragosa discusión teórica por la que acabamos de deslizarnos, la visión que los dirigentes estadounidenses han hecho suya bien puede convertirse en un estímulo para que ganen terreno comportamientos similares del lado de potencias mayores o menores, con los efectos desequilibradores imaginables. No puede descartarse en modo alguno, en particular, que determinados Estados, temerosos de la posibilidad de una agresión norteamericana, opten por dotarse de armas de destrucción masiva, y singularmente de armas nucleares. Pero, más allá de lo anterior, hora es ésta de subrayar que la discusión que nos atrapa no es tan nueva como parece. Estados Unidos, y con él otros muchos países, ha acometido ataques preventivos en numerosas oportunidades. Un estudio enumera más de cincuenta casos de operaciones militares norteamericanas en las que no mediaron ni provocación ni una declaración de guerra por los agredidos (Bugnon-Mordant, 2003: 10). En tal sentido, lo suyo es reconocer que muchas de las demandas de los movimientos que se han inclinado por rechazar la política belicista de Bush hijo han olvidado que tampoco en este terreno esta última es particularmente novedosa. Conforme a una discutible versión de los hechos, si acaso esa política se distingue por el designio de revelar bien a las claras el contenido de estrategias de agresión que en otras circunstancias se ocultaban de la mano de unas u otras pantallas. Y decimos que esa versión es discutible porque ignora que, en el fondo, lo de la *preven-*  
*ción* nos emplaza ante una más de esas pantallas.

En el plano doctrinal, la presidencia de George W. Bush ha traído consigo una profundización en lo que en la jerga al uso se llama *Revolution in Military Affairs* (revolución en los asuntos militares). Rasgo principal de esta última es la asimetría de su propuesta: sólo debe actuarse cuando se dispone de una superioridad abrumadora que convierta al enemigo, merced a los bombardeos estratégicos y a la destrucción preventiva de infraestructuras civiles y militares, en un objetivo inerte. La confrontación correspondiente carece, claro es, de incertidumbre y sólo en raras oportunidades reclama un combate directo, en tierra (Dal Lago, 2003: 51). Hay quien sostiene, en un argumento que merece consideración, que el auge de respuestas que han dado en calificarse de *terroristas* mucho le debe al hecho de que, de forma llamativa, permiten sortear en buena medida la asimetría que ahora nos ocupa (ibídem: 52). Los conflictos, por otra parte, deben ser breves, de tal suerte que apenas acarreen pérdidas del lado propio, no susciten polémicas de enjundia y no dañen, en consecuencia, la imagen que los gobiernos se han labrado ante sus opiniones públicas. Uno de los requisitos para que lo anterior sea posible es que todo esté, a la postre, permitido, sin excluir los daños infligidos a la población civil y a las infraestructuras no militares (ibídem: 55-56). El designio de aminorar en grado extremo las bajas propias en modo alguno significa que los gobernantes norteamericanos no hayan tomado nota de algo importante: en virtud de la oleada de patriotismo generada por los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha remitido el recelo generalizado que, desde Vietnam, producía la perspectiva de que muriesen en combate soldados estadounidenses y, en su caso, fuese preciso asumir ingentes esfuerzos económicos para llevar adelante una guerra en el exterior.

La revolución en los asuntos militares demanda, también, el concurso de lo que algunos analistas han entendido que son los cimientos de genuinos ejércitos privados encar-

gados de acompañar a las unidades militares regulares. En el Irak de 2003 esos ejércitos los formaban “*ex oficiales relacionados con el complejo industrial-militar; la sociedad de vigilantes de Virginia, que proporcionaba policías para mantener el orden en Bagdad; gloriosos reductos de los gurkha, selectos nepaleses al servicio de su majestad británica durante casi dos siglos, enrolados para escoltar en uniforme civil a Jay Garner, y luego a su sucesor Paul Bremer*” (Franco, 2003: 273). Un experto de la Brookings Institution concluyó que si en la guerra librada en el golfo Pérsico en 1991 había un civil contratado por cada 50-100 militares, en el Irak de 2003 la relación era de uno a diez (Paul W. Singer, citado en ibídem: 274).

**No puede descartarse en modo alguno  
que determinados Estados, temerosos  
de la posibilidad de una agresión  
norteamericana, opten por dotarse de armas  
de destrucción masiva, y singularmente  
de armas nucleares**

Con Bush hijo en la Casa Blanca los militares norteamericanos parecen haber dejado atrás, por otra parte, los problemas vinculados con un menester, el característico del *intervencionismo humanitario*, que se adaptaba mal a sus querencias y capacidades. Aun así, Estados Unidos sigue disponiendo de una variada panoplia de estrategias de actuación: intervenciones convencionales para contener o abatir a uno u otro rival (Irak), acciones limitadas al empleo de fuerzas especiales con objeto de apoyar a alguna facción en conflicto (Afganistán en el decenio de 1980), operaciones de disuasión estratégica limitadas al uso de una sola modalidad de armas (Serbia y Montenegro en 1999), acciones *antiterroristas* (Filipinas o Yemen en 2002) y gestos de apoyo directo a un Estado en su supuesta lucha contra el terror (Colombia) (Dal Lago, 2003: 29). Semejante pluralidad de opciones, y con ella la propia filosofía de la revolución en los asuntos militares, ha colocado en lugar central las cargas nucleares, las defensas antimisiles y las armas de destrucción masiva (Hassner y Vaisse, 2003: 125). Por lo que a las primeras se refiere, la elección central de Washington consiste en no destruir materialmente los dispositivos afectados por los acuerdos suscritos con Rusia. Esto al margen, Estados Unidos no desdeña la posibilidad de emplear armas atómicas contra *rogue states*. Un documento clasificado del Pentágono que pudo conocerse a finales de 2001 identificaba siete países que podían ser atacados con ingenios nucleares: China, Corea del Norte, Irán, Irak, Libia, Rusia y Siria (citado en Mahajan, 2003: 60). Como puede apreciarse, entre ellos se contaban dos potencias teóricamente amigas —China y Rusia— y varios Estados que carecían de armas atómicas. Pese a que Washington parece haber aceptado que el número de sus cargas nucleares se emplace entre 1.700 y 2.200 en 2012, esas cifras, significativamente menores que las registradas en el pasado, aseguran sobradamente el mantenimiento de la disuasión, tanto más cuanto que lo suyo es que los dispositivos correspondientes sean objeto de sucesivas modernizaciones encaminadas a acrecentar sus prestaciones. En lo relativo a las defensas antimisiles, sabido es —lo hemos señalado ya— que Estados Unidos se inclina por la denuncia del viejo tratado ABM y por la construcción de un escudo llamado a garantizar la posibilidad de asestar un primer golpe en virtud de una apuesta diseñada antes con el propósito de mermar las capacidades de potencias como Rusia y China que con el designio de hacer frente a una eventual amenaza terrorista. Conocida es, también, la preocupación de Estados Unidos por las armas de destrucción masiva, tanto más notable cuanto que Washington no muestra interés alguno en desprenderse de los dispositivos que, en sus arsenales, responden a esa condición.

## 2 La naturaleza de los conflictos bélicos

El siglo XX ha sido el de la extensión de las guerras civiles y de los democidios —los genocidios y asesinatos en masa a cargo de los Estados—, que según R.J. Rummel (citado en Senarclens, 2001: 169), han provocado un número de muertes entre cuatro y cinco veces superior al generado por los conflictos entre ejércitos regulares. Aun así, la supuesta primacía de lo que comúnmente se entiende por guerras civiles, y de su consiguiente dimensión vinculada con los problemas *internos* de los Estados, ha sido cuestionada, entre otras razones porque aquéllas implican casi siempre la presencia de elementos *externos* muy significativos.

Sean los hechos como fueren, si se trata de enunciar algunos de los rasgos que suelen revelarse en los conflictos bélicos más recientes, el primero es el relativo a una eventual privatización de la violencia: han proliferado, como ya hemos adelantado, las milicias privadas —unidades paramilitares, señores de la guerra, bandas criminales, policías— (Kaldor, 1999: 8), más o menos formalizadas, con una mayor descentralización en sus decisiones que la que era común en el pasado y relaciones de cariz diverso con los aparatos estatales. Otro rasgo de los conflictos de nuevo tipo es su evidente relación con procesos que mucho tienen que ver con la globalización: ahí está, para testimoniarlo, la presencia de los medios de comunicación, de fuerzas mercenarias, de asesores militares procedentes de otros países, y de un sinfín de ONG y organismos internacionales. Tanto la privatización mencionada como el peso de estas lógicas, más o menos afines a la globalización, se han traducido en una erosión del monopolio de la violencia legítima que, en la manida definición weberiana, se atribuye al Estado (ibídem: 4).

Pero los nuevos conflictos se caracterizan también porque en ellos ha adquirido una visible resonancia la experiencia de la guerra de guerrillas y, en paralelo, la de la contrainsurgencia, en detrimento de las grandes concentraciones de fuerza militar. Las técnicas de contrainsurgencia han dejado su huella en la forma de proyectos de control del territorio que no se asientan en la sumisión política de las poblaciones, sino, antes bien, en un uso a menudo indiscriminado de la violencia más feroz. Una de las secuelas de lo anterior parece haber sido el formidable crecimiento operado en el porcentaje de víctimas civiles de los conflictos, que en un siglo ha cambiado de manera espectacular: si en 1900 las víctimas civiles eran una octava parte del total, a finales del siglo XX esa octava parte correspondía a las víctimas militares. La propia noción de vencedor en un conflicto bélico parece, por lo demás, cualquier cosa menos clara, toda vez que sólo resulta fácil de invocar en una de cada cinco de las guerras. En la visión de Mary Kaldor (ibídem: 9), en fin, la economía de los nuevos conflictos se caracteriza por niveles muy altos de desempleo, reducciones significativas en la producción, grados muy notables de dependencia externa y fórmulas de financiación de las actividades militares que se asientan en la extorsión, el mercado negro y la asistencia externa.

El Instituto de Investigación para la Paz de Oslo ha identificado, por su parte, el perfil de los escenarios en los que, en la década de los noventa, eran más fáciles los conflictos bélicos: países pobres con notable presencia del sector primario de la economía; problemas medioambientales vinculados con la degradación de la tierra, la escasez de agua y la alta densidad de población; gobiernos de condición semidemocrática; elevada deuda externa, con reducción de ingresos en concepto de exportación de materias primas, y presencia de planes de ajuste del Fondo Monetario (George, 2001: 129). Estos escenarios, caracterizados por la miseria generalizada,

la inseguridad y los movimientos de elites que disputan por recursos escasos, lo son de genérica situación de violencia estructural. En ellos se han manifestado muchos de los signos de una poderosa movilización reactiva que, en torno a factores como la condición étnica o la religión, ha arrinconado muchas de las pulsiones ideológicas que aparentemente se revelaban en los conflictos del pasado.

La simple tarea de determinación de los escenarios más probables de conflicto conduce con rapidez a una conclusión: la abrumadora mayoría de éstos se emplaza en los países del Sur y ello pese a que, como es sabido, la Europa central y oriental —aceptemos que se trata de un nuevo Tercer Mundo— ha sido escenario de guerras singularmente crueles. Hay que convenir, con todo, que al menos en este sentido el panorama no es demasiado distinto del que caracterizó la etapa de la confrontación entre bloques: también entonces fue en el Sur donde se fraguaron la mayoría de los conflictos bélicos.

Agreguemos que el final del siglo XX ha diversificado, según muchos analistas, las causas de los conflictos. Entre ellas, y además de las vinculadas con la desintegración de la URSS y de su bloque, cabe mencionar las derivadas del ascenso de nacionalismos étnicos y extremismos religiosos, por un lado, o de la exacerbación de la competición por el agua y las materias primas, por el otro. No es difícil arribar a la conclusión de que en el origen de los conflictos siguen estando situaciones de extrema injusticia. Las regiones más castigadas son, por lo demás, las mismas que en el pasado: el Oriente Próximo —con inclusión del Cáucaso—, la península indostánica, el Sahel, los Grandes Lagos y determinadas áreas de América Latina. Algunas guerras, como las de Afganistán y Angola, que anclaban muchas de sus raíces en la confrontación entre los bloques, conservan, en fin, todo su vigor.

Son muchas las discusiones que han cobrado cuerpo en lo que se refiere a la determinación de si el proceso de globalización en curso está llamado a provocar un incremento de las tensiones bélicas. Los defensores de la globalización neoliberal gustan de subrayar lo que a sus ojos es evidente: las tensiones han remitido de resultas de la importancia cada vez menor que corresponde a los territorios, en un escenario en el que los Estados han puesto un claro empeño en no obstaculizar la acción de las grandes empresas que se mueven en el mercado mundial, algo que a la postre se ha traducido en una franca y afortunada remisión de la lógica militar.

**El porcentaje de víctimas civiles de los conflictos ha cambiado en un siglo de manera espectacular: si en 1900 las víctimas civiles eran una octava parte del total, a finales del siglo XX esa octava parte correspondía a las víctimas militares**

Pero también son muchos los estudiosos que entienden, en un sentido muy diferente, que la globalización ha tenido un claro efecto de incremento de las prestaciones represivas desarrolladas en el interior de los Estados. Así lo testimoniaría el hecho de que 58 de los 61 conflictos bélicos registrados, según una estimación, entre 1989 y 1998 fuesen, como antes lo anticipamos, *guerras civiles*. Pero aún más ilustrativas serían otras circunstancias, y entre ellas el uso frecuente de la violencia por los Estados con objeto de preservar la condición de privilegio de las grandes empresas transnacionales o de llevar a buen puerto los planes de ajuste, por un lado, o el empleo de aquélla para reprimir movimientos nacionalistas o religiosos estrechamente vinculados, de forma reactiva, con la lógica de la globalización. Scholte (2000: 142) concluye que en la era de esta última en modo

alguno puede afirmarse que los Estados, sometidos a una evidente erosión de su soberanía, han abjurado de las posibilidades que ofrece la militarización. A ello habría que agregar lo que ya hemos señalado: en los nuevos conflictos se manifiestan hechos —relevante papel de los medios de comunicación, de las ONG y de los organismos internacionales; presencia de fuerzas mercenarias y de asesores militares...— que, de una forma u otra, guardan relación con la lógica de la globalización.

Bien es verdad que la discusión no puede quedar circunscrita dentro del ámbito de los problemas *internos* de los Estados. Está por ver qué es lo que, de verificarse determinados desarrollos del proceso globalizador, ocurrirá, por ejemplo, en el terreno de las relaciones entre los tres grandes núcleos de poder económico internacional. Como está por ver cuál será el derrotero que asumirán en el futuro las estrategias de intervencionismo, humanitario o no. También habrá que calibrar en el futuro, en fin, en qué medida el dramático expolio de los recursos de los más pobres, que parece inserto en el frontispicio de la globalización neoliberal, actuará como estímulo para el renacimiento de movimientos de resistencia armada en muchos lugares del Tercer Mundo. Al respecto sólo los más ingenuos dan por descontado que la desaparición de la URSS y de su bloque ha zanjado para siempre las perspectivas de ese tipo de movimientos.

### 3 Medios, guerra, manipulación

No precisa de mayor apoyo —se sustenta por sí sola— la aseveración de que la versión que la mayoría de los medios de comunicación ofrecen del sinfín de conflictos bélicos que jalonan el planeta se asienta en una trama, nada sutil, en la que se dan cita la desinformación y la manipulación. Tiene su sentido, en cambio, escudriñar en algunas de las manifestaciones que estas dos últimas perversiones asumen.

Digamos al respecto, en primer lugar, que los medios suelen dejarse llevar por modas —en algunos casos, por mejor decirlo, las imponen— que obligan a prestar singular atención a determinados conflictos en determinados momentos para después desentenderse por completo de los primeros. Sólo el lector pundonoroso podrá alardear, hoy, de un conocimiento razonablemente hondo de lo ocurrido en el último lustro con conflictos —Bosnia, Kosova, Chechenia, Somalia o los Grandes Lagos— que se encuentran en una franca penumbra informativa. De lo anterior se sigue por lo común un problema no precisamente menor: la desatención dispensada durante años a las tensiones en cuestión facilita la ulterior manipulación de su perfil. Al cabo de muchos meses de silencio, el nombre de Chechenia recuperó protagonismo en nuestros medios de comunicación al calor de la ocupación, en octubre de 2002, de un teatro moscovita: el espectáculo de la acción, unánimemente etiquetada de *terrorista*, de un comando checheno apenas se acompañó de consideración alguna, sin embargo, del conflicto de fondo.

Claro que en otras muchas circunstancias lo que se impone es, sin más, la manipulación franca y abyecta. El derrotero de los hechos en el Irak contemporáneo ofrece al respecto ejemplos a espuertas. Los medios de comunicación estadounidenses poco o nada hicieron para desmontar la especie de que esa prometeica figura intelectual que es Donald Rumsfeld desconocía el país y nunca había tenido tratos con Sadam Hussein; hubo que aguardar mucho tiempo para que se recuperasen las imágenes que lo retrataban departiendo amigablemente con los jerarcas iraquíes en los mismos años en los que éstos, con la colaboración y el beneplácito esta-

dounidenses, no dudaban en gasear adolescentes iraníes y resistentes kurdos. Las manipulaciones más recientes son bien conocidas: faltando a la verdad, se ha repetido hasta la extenuación que Irak expulsó en 1998 a los inspectores de las Naciones Unidas, como se ha dado por demostrado, sin que mediase fundamento alguno, que Bagdad mantenía relaciones con eso que ha dado en llamarse *terrorismo internacional* y contaba con armas de destrucción masiva. El tono de semejantes manipulaciones lo ilustran las reiteradas declaraciones del ex presidente del Gobierno español José María Aznar, quien no se limitó a enunciar, a principios de 2003, su convicción de que Irak mantenía vínculos como los invocados y disponía de armas como las descritas: anunció, ahí es nada, que disponía de evidencias al respecto.

**Los medios suelen dejarse llevar por modas —en algunos casos, por mejor decirlo, las imponen— que obligan a prestar singular atención a determinados conflictos para después desentenderse por completo de ellos**

Un tercer elemento de relieve lo aporta el consistente empleo, en los medios, de fórmulas de doble rasero que las más de las veces beben de los criterios abrazados por nuestros gobernantes. El recién mencionado Aznar, que al parecer se considera adalid planetario en la lucha contra el *terrorismo*, cuenta entre sus amigos a personas que son directos responsables del desempeño de formidables maquinarias de terror como las desplegadas por Rusia en Chechenia o por Turquía en el Kurdistán. En otras palabras, no se trata del mismo modo a los amigos y a los enemigos, a los poderosos y a los débiles. Otro tanto cabe decir de la reacción que suscitan unos y otros muertos: la mayoría de quienes, legítimamente, mostraron su solidaridad con las víctimas inocentes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 habían olvidado en los diez años anteriores que en Irak morían cada mes cerca de 5.000 niños —una cifra superior, por cierto, a la generada por los mencionados atentados— de resultados de un embargo macabro aplicado por Estados Unidos. En el otoño de 2003 nuestros medios de comunicación, que rebosaban de informaciones relativas a los soldados norteamericanos fallecidos en Irak, se desentendían por completo, en cambio, en lo que se refiere a la cifra, con toda certeza mucho más alta, de civiles iraquíes muertos de resultados de las acciones de los ejércitos de ocupación.

Una cuarta trampa, ésta más sagaz, es la que, con el concurso de muchos medios, ofrece una apariencia de debate razonablemente plural que esconde, a menudo de forma innegablemente inteligente, lo que en los hechos es una discusión en circuito cerrado y con reglas preestablecidas. Bastará con recordar al respecto que entre nosotros muchas gentes bien pensantes no han dudado en criticar el creciente unilateralismo que inspira la política estadounidense, al tiempo que han preferido olvidar que antes de aquél los contenidos de esa política, aparentemente multilaterales, en modo alguno condujeron a comportamientos benignos y saludables. Son las mismas personas que creen a pies juntillas que el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, es, pese a todas las apariencias, un firme partidario de la paz, la justicia y la solidaridad. Powell ofrece una interesante añagaza para no preguntarse lo principal.

En quinto lugar, en los medios de comunicación no faltan las fórmulas que, de forma soterrada, reordenan los datos en provecho de discursos tanto más peligrosos cuanto que, por lo común, pasan inadvertidos. Lo más inquietante de esas fórmulas es que su entronización rara vez es el producto de un acto consciente: se instalan como si vinieran dictadas por el orden natural de las cosas. Significativo resulta, por ejem-

## BIBLIOGRAFÍA

plo, que cuando en el otoño de 2001 fueron asesinados en Afganistán cuatro periodistas —entre ellos el corresponsal del diario *El Mundo* Julio Fuentes—, todos nuestros medios jerarquizaron la condición de los profesionales desaparecidos y dieron en emplazar al periodista afgano en el último puesto de todas las enumeraciones, por detrás del español, la italiana y el australiano. En virtud de un código sibilino —y subrayamos una vez más que probablemente inconsciente y no malicioso, lo cual lo hace aún más grave—, el pobre profesional de un país del Tercer Mundo quedaba relegado de forma visible.

Tampoco faltan, muy al contrario, los ejemplos de empleo avieso del lenguaje. En relación con Irak, se nos habla de las fuerzas de la *coalición* que han *intervenido* en el país para de esta suerte obviar términos —*ejércitos de ocupación, agresión*— que describen la realidad de manera fidedigna. Los analistas, que porfían en reservar la palabra *régimen* para la instancia política que encabezaba Sadam Hussein o para la que dirigieron en su momento los talibán afganos, rehúyen el término cuando se trata de hablar del Israel de Sharon, de los Estados Unidos de Bush hijo o de la España de Aznar. Entre tanto, el pulido *ejército federal* ruso se enfrenta a una sucia guerrilla fundamentalista chechena. Las colonias israelíes reciben, en fin, el eufemístico calificativo de *asentamientos*, al que a menudo se agrega la etiqueta de *ilegales*, como si algunos de ellos no fueran tales, al tiempo que al Estado sionista se le atribuye la responsabilidad de *asesinatos selectivos* que, a más de llevarse a menudo las vidas de niños y adolescentes, parecen exhibir, conforme a tan curiosa terminología, una singular racionalidad.

Una séptima consideración obliga a recordar que pareciera como si el interés con que nuestros medios obsequian a las guerras menguase cuanto más hacia el este y más hacia el sur se desarrollasen éstas. Si el conflicto de Bosnia levantó mucha atención —sin duda no la suficiente—, la guerra librada en Chechenia, dos mil kilómetros hacia el este, ha suscitado un reclamo sensiblemente menor, en tanto pocos son los que saben que en una república ex soviética del Asia central, Tayikistán, otros dos mil kilómetros más hacia oriente, se registró una sangrienta guerra civil entre 1992 y 1997. Muchas veces se ha afirmado que lo que ocurría en Sarajevo era singularmente reprochable por cuanto los hechos acaecían a menos de una hora de avión de Roma. Nadie ha recurrido, en cambio, a un criterio similar para subrayar que la guerra —no de otra cosa se trata— que se registra desde hace más de un decenio en Argelia tiene por escenario un país que está a menos de una hora de avión de Madrid. Y es que a los ojos de muchos, y por lo que cabe colegir, la existencia de un mar que —dicen— separa culturas y civilizaciones se antoja razón suficiente para eludir nuestra inequívoca responsabilidad en lo que hace a la información y al compromiso. Y si eso es lo que debe afirmarse de Argelia, qué habría que decir en lo que respecta a un África subsahariana permanentemente olvidada en virtud, con toda claridad, de atávicos etnocentrismos.

Permitásenos arribar a una sucinta conclusión: la desinformación y la manipulación han progresado tanto entre nosotros que acaso han acabado por perder el rumbo y empiezan a generar un efecto contrario al acariciado por sus impulsores. Y es que hoy la simple contemplación de la basura que inunda nuestras televisiones lleva camino de convertirse, no sin paradoja, en una estimulante escuela de educación crítica.

**Nota.** El primero de los textos que se incluye en este trabajo forma parte del libro *¿Hacia dónde nos lleva Estados Unidos?* (Madrid, Ediciones B, 2004); el segundo procede de *Cien preguntas sobre el nuevo desorden* (Madrid, Punto de Lectura, 2002), en tanto que el tercero está incluido en el volumen *José Couso. La mirada incómoda* (Madrid, Hermanos, Amigos y Compañeros de José Couso, 2004).

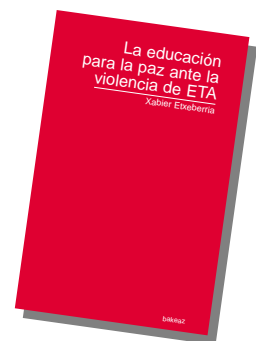
- BUGNON-MORDANT, M. (2003): *États-Unis. La manipulation planétaire*, Lausana, Favre.
- CALDICOTT, H. (2002): *The New Nuclear Danger. George W. Bush's Military-Industrial Complex*, Nueva York, New Press.
- DAL LAGO, A. (2003): *Polizia globale. Guerra e conflitti dopo l'11 settembre*, Verona, Ombre Corte.
- DUNCAN, R., y J. GODDARD (2003): *Contemporary America*, Houndmills, Palgrave-MacMillan.
- FRANCO, M. (2003): "L'armata privata di Bush", *Limes*, 2.
- GEORGE, S. (2001): *El informe Lugano*, Barcelona, Icaria-Intermón Oxfam.
- HARTUNG, W.D. (2003): "Military", en J. FEFFER (dir.): *Power Trip. US Unilateralism and Global Strategy After September 11*, Nueva York, Seven Stories.
- HASSNER, P., y J. VAÏSSE (2003): *Washington et le monde. Dilemmes d'une superpuissance*, París, Autrement.
- HERTSGAARD, M. (2002): *The Eagle's Shadow*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux.
- JOHNSON, C. (2002): *Blowback. The Costs and Consequences of American Empire*, Londres, Time Warner.
- KALDOR, M. (1999): *New and Old Wars*, Stanford, Stanford University Press.
- KEMP, G., y R.E. HARKAVY (1997): *Strategic Geography and the Changing Middle East*, Washington, Brookings Institution.
- KISSINGER, H. (1994): *Diplomacy*, Nueva York, Simon and Schuster.
- MAHAJAN, R. (2003): *Full Spectrum Dominance. U.S. Power in Iraq and Beyond*, Nueva York, Seven Stories.
- NYE JR., J.S. (2002): *The Paradox of American Power*, Oxford, Oxford University Press.
- PASCALLON, P. (2003): "Le bouclier antimissiles américain: sommes-nous condamnés à l'approfondissement du leadership mondial des États-Unis?", en A. CHAUPRADE (dir.): *Géopolitique des États-Unis*, París, Ellipses.
- PRESTOWITZ, C. (2003): *Rogue Nation. American Unilateralism and the Failure of Good Intentions*, Nueva York, Basic.
- RAFFONE, P. (2003): *La fredda guerra. Iraqi Freedom: geopolitica del nuovo disordine mondiale*, Roma, Adnkronos.
- RICHARDOT, P. (2003): "Les signes de l'hyperpuissance américaine", en A. CHAUPRADE (dir.): *Géopolitique des États-Unis*, París, Ellipses.
- SCHOLTE, J.A. (2000): *Globalization. A Critical Introduction*, Palgrave, Nueva York.
- SENARCLENS, P. de (2001): *La mondialisation*, París, Armand Colin.
- TODD, E. (2002): *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, París, Gallimard.



**Algunas publicaciones de Bakeaz**

**La educación para la paz ante la violencia de ETA, Xabier Etxeberria**

El tema central de los estudios presentados en este volumen es la tarea que corresponde hacer a la educación para la paz cuando se enfrenta específicamente con la violencia terrorista protagonizada por ETA y sus ramificaciones. En vistas a ello, se comienza ofreciendo dos estudios que pretenden plasmar los referentes morales que deben actuar como motivadores e inspiradores de esa educación para la paz: la tolerancia y la noviolencia. Y se continúa con otros dos que asumen específicamente el tema apuntado —la educación ante la violencia de ETA—, teniendo presentes esos referentes y añadiendo algún otro, como el de las virtudes. Se cierra el libro con un anexo que presenta el proyecto de Escuela de paz de Bakeaz, en el que se enmarcan los cuatro trabajos, recibiendo así de él su sentido pleno.



Xabier Etxeberria (xetxeberrria@bakeaz.org) es catedrático de Ética en la Universidad de Deusto y responsable del Área de Educación para la paz de Bakeaz. Es profesor visitante de varias universidades en América Latina, donde colabora también con organizaciones indígenas y de derechos humanos. Sus numerosas publicaciones se centran en las cuestiones de ética fundamental, ética profesional y ética política (especialmente en torno a la cuestión de las identidades colectivas), así como en la vertiente ética de los derechos humanos.



**Universales del odio. Creencias, emociones y violencia, Martín Alonso**

El final del siglo ha sido testigo del retorno de las ideas fuertes, aquellas que invocan quienes se prestan a matar y a morir. Fundamentalismos, nacionalismos, radicalismos de contenido étnico o religioso, así como fanatismos de la identidad y la pertenencia, han dado al traste con la euforia generada por el final de la Guerra Fría. La confrontación de escenarios que han conocido episodios de intensa virulencia revela notables analogías. Las similitudes son visibles tanto en el plano de la retórica —las justificaciones para actuar— como en el de la acción —la secuencia que conduce desde las formulaciones legitimadoras hasta las prácticas agresivas—.

La retórica incorpora las creencias que definen la realidad. Por esta razón, la elaboración conceptual comienza con la postulación de una causa como fundamento ontológico. El segundo paso consiste en la definición del problema desde los parámetros de la causa: es la manufactura del enemigo.

La solución —la neutralización del enemigo— cierra el proceso. En cuanto a la secuencia de la acción colectiva, las creencias activan estados emocionales que, a una determinada intensidad y en un contexto apropiado (las ideas remiten a la realidad social), desembocan en conductas agresivas organizadas. Dado que la violencia suscita resistencias sociales y psicológicas, tanto las racionalizaciones como las emociones deben suministrar a ejecutores y simpatizantes, junto con estímulos para la acción, mecanismos para cauterizar la conciencia ética. La primera parte del libro aborda la tarea desde un plano general, mientras que la segunda se circunscribe al etnorradicalismo vasco.

Martín Alonso (malonso@bakeaz.org) es licenciado en Sociología y Ciencias Políticas, en Filosofía y en Psicología; imparte clases en un instituto. Sus intereses y sus publicaciones versan sobre el pensamiento político de Rousseau, los nacionalismos, los usos de la Historia, la violencia política y los conflictos de los Balcanes.

**Boletín de pedido**

Deseo recibir las siguientes publicaciones de Bakeaz:

- ejemplares del libro *La educación para la paz ante la violencia de ETA*, al precio de 10,00 euros/ejemplar.
- ejemplares del libro *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia*, al precio de 12,00 euros/ejemplar.

**Datos del solicitante**

Apellidos \_\_\_\_\_  
 Nombre \_\_\_\_\_ NIF/CIF \_\_\_\_\_  
 Domicilio \_\_\_\_\_  
 Población \_\_\_\_\_ CP \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_  
 Teléfono \_\_\_\_\_ Fax \_\_\_\_\_  
 Correo electrónico \_\_\_\_\_

Forma de pago: contra reembolso (al importe total deben añadirse 4,00 euros de gastos de envío).

Carlos Taibo, *Los conflictos bélicos en el umbral del siglo XXI*, Cuadernos Bakeaz, nº 62, abril de 2004.

© Carlos Taibo, 2004; © Bakeaz, 2004.

La edición de este cuaderno ha sido posible gracias a la financiación de la Dirección de Derechos Humanos y Cooperación con la Justicia del **Gobierno Vasco**, dentro del proyecto de Bakeaz **Escuela de Paz**.

*Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

**Cuadernos Bakeaz** es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de cooperación, educación para la paz, geopolítica, movimientos sociales, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

**Director de la publicación:** Josu Ugarte • **Coordinación técnica:** Blanca Pérez • **Consejo asesor:** Martín Alonso, Joaquín Arriola, Nicolau Barceló, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Jesús Casquete, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Carlos Gómez Gil, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M<sup>a</sup> Puente, Jorge Riechmann, Juan Manuel Ruiz, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urruticoechea • **Últimos títulos publicados:** 8. Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*; 9. Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*; 10. Angela da Silva, *Educación antirracista e interculturalidad*; 11. Pedro Sáez, *La educación para la paz en el currículo de la reforma*; 12. Martín Alonso, *Bosnia, la agonía de una esperanza*; 13. Xabier Etxeberria, *Objeción de conciencia e insumisión*; 14. Jörg Huffschmid, *Las consecuencias económicas del desarme*; 15. Jordi Molas, *Industria, tecnología y comercio en la producción militar: el caso español*; 16. Antoni Segura i Mas, *Las dificultades del Plan de Paz para el Sáhara Occidental, 1988-1995*; 17. Jorge Riechmann, *Herramientas para una política ambiental pública*; 18. Joan Roig, *Guinea Ecuatorial: la dictadura enquistada*; 19. Joaquín Arriola, *Centroamérica, entre la desintegración y el ajuste*; 20. Xabier Etxeberria, *Ética de la desobediencia civil*; 21. Jörn Brömmelhörster, *El dividendo de la paz: ¿qué abarcaría este concepto?*; 22. Luis Alfonso Aranguren Gonzalo, *Educación en la reinención de la solidaridad*; 23. Helen Groome, *Agricultura y medio ambiente*; 24. Carlos Taibo, *Las repúblicas ex yugoslavas después de Dayton*; 25. Roberto Bermejo, *Globalización y sostenibilidad*; 26. Roberto Bermejo y Álvaro Nebreda, *Conceptos e instrumentos para la sostenibilidad local*; 27. Jordi Roca, *Fiscalidad ambiental y "reforma fiscal ecológica"*; 28. Xabier Etxeberria, *"Lo humano irreductible" de los derechos humanos*; 29. Xesús R. Jares, *Educación y derechos humanos*; 30. Carlos Gómez Gil, *Una lectura crítica de la cooperación española. Lo que nunca nos dicen*; 31. Xabier Etxeberria, *La educación ante la violencia en el País Vasco*; 32. Daniel J. Myers, *Activismo social a través de la red*; 33. Roberto Bermejo, *Realidades y tendencias del comercio justo*; 34. Carlos Taibo, *Diez preguntas sobre el conflicto de Kosova*; 35. Clara Murguialday, *Mujeres y cooperación: de la invisibilidad a la equidad de género*; 36. Fernán González, S.I., *Colombia, una nación fragmentada*; 37. Xabier Etxeberria, *La noviolencia en el ámbito educativo*; 38. Antoni Segura i Mas, *El Sáhara en la dinámica política magrebí y las dificultades del Plan de Paz (1995-2000)*; 39. Dieter Rucht, *El impacto de los movimientos medioambientales en Occidente*; 40. Martín Alonso, *Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie*; 41. Tica Font (coord.), *La paz en movimiento: campañas y experiencias de movilización (I)*; 42. Tica Font (coord.), *La paz en movimiento: campañas y experiencias de movilización (II)*; 43. Julián Salas, *Hábitat y cooperación en Latinoamérica. Centroamérica antes y después del 'Mitch'*; 44. Roberto Bermejo, *Fundamentos de ecología industrial*; 45. Gema Celorio, *Nuevos retos para la sensibilización sobre el desarrollo*; 46. Carlos Gómez Gil, *La cooperación descentralizada en España: ¿motor de cambio o espacio de incertidumbre?*; 47. Xabier Etxeberria, *Ignacio Ellacuría: testimonio y mensaje*; 48. Juan Manuel Ruiz, *En torno a la eficiencia*; 49. Xesús R. Jares, *Educación para la paz después del 11/09/01*; 50. Gabriel Pons, *Herramientas de las ONGD en la cooperación para el desarrollo económico*; 51. Roberto Bermejo, *Concepciones de la sostenibilidad y sistemas de indicadores*; 52. Julián Salas, *Introducción a la práctica de la evaluación de proyectos de cooperación*; 53. Joaquim Sempere, *Necesidades, desigualdades y sostenibilidad ecológica*; 54. Johan Galtung, *Conflicto, guerra y paz, a vista de pájaro. Y cómo los aborda el grueso de los políticos y periodistas*; 55. Jesús Casquete, *Movimientos sociales y democracia*; 56. Manuel Jiménez, *Sumando esfuerzos. Tendencias organizativas en el movimiento ecologista en España durante los noventa*; 57. Joaquín Arriola Palomares, *¿La globalización? ¡El poder!*; 58. Ignacio Álvarez-Ossorio, *Claves sobre el conflicto palestino-israelí*; 59. Miguel Márquez, Luis Suárez y Cándido López, *Cuba y el desarrollo humano sostenible*; 60. Mario Roberto Morales, *Guatemala: autoritarismo e interculturalidad*; 61. Carmen Magallón, *Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz*; 62. Carlos Taibo, *Los conflictos bélicos en el umbral del siglo XXI* • **Diseño:** Jesús M<sup>a</sup> Juaristi • **Maquetación:** Mercedes Esteban Meriel • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94.

**Suscripción anual** (6 números): 14,42 euros • **Instituciones y suscripción de apoyo:** 21,64 euros • **Forma de pago:** domiciliación bancaria (indique los 20 dígitos correspondientes a entidad bancaria, sucursal, control y c/c.), o transferencia a la c/c. 2095/0365/49/3830626218, de Bilbao Bizkaia Kutxa • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden solicitar contra reembolso (4,00 euros de gastos de envío) a la dirección abajo reseñada. Su PVP es de 2,40 euros por ejemplar.

**Bakeaz** es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.